

mundo todo, has engendrado á tu mismo Criador, has nutrido á tu pecho al que nutre á todos los séres.»

Pero basta ya, amadas mias, me hago interminable. Saludemos, pues, llena de gracia á nuestra dulce Madre María con el ángel enviado de Dios, y en el sentido que lo hace la santa Iglesia católica, ya porque el Señor la concediese el lleno de todas ellas, ya porque se hiciese más que todos los escogidos digna y grata ante sus divinos ojos, mereciendo, por tanto, ser elegida sobre todas las criaturas para el altísimo destino de Madre del Verbo. Digámosla que el Señor fué siempre en ella y con ella, en su entendimiento, en su seno virginal, en su constante auxilio, segun la exposicion del P. San Agustin; en su misma carne, y en su sustancia misma, segun el P. San Bernardo; unida é identificada en cierto modo con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo en la obra grande de la Redencion, segun los PP. San Jerónimo, San Pedro Damiano y el doctor angélico. Y saludémosla tambien bendita entre todas las mujeres, más que Jahel, vencedora de Sisara, y más que Judit, la heroína de Betulia.

Y dichosos nosotros si así nos hacemos los hijos amados de María, nuestra protectora en la tierra y nuestra corona en el cielo.—AMEN.

PLÁTICA Á LAS HIJAS DE MARÍA

SOBRE

LA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

*Quam pulchra es, amica
mea, quam pulchra es.*

Cant., cap. 4.º, v. 1.º

MISTERIOS grandes, amadas mias, encierran las palabras que acabais de oír. Son del sagrado libro de los Cantares, de ese libro prodigioso, escrito por aquel sábio rey de Israel que mereció penetrar los secretos de Dios; ese libro, depositario de tantas maravillas, de tantas riquezas espirituales, y cuyo objeto es celebrar los desposorios de ese mismo Dios con sus criaturas. Desposorio del Verbo eterno con la naturaleza humana por medio de la union hipostática cuando se dignó vestir nuestra carne, para hacerse tambien hombre; desposorio de Cristo nuestro Salvador con su Iglesia, representacion viva y constante de su encarnacion, depositaria de su divina palabra, de su espíritu vivificador, de sus más preciosos

carismas; desposorio místico con nuestras almas por medio de su gracia, viviendo en ellas, uniéndose é identificándose con ellas; desposorio de un modo especial y admirable con aquella dichosa criatura destinada desde la eternidad para dar al Verbo de Dios la carne que habia de llevar para ser también hombre, y prestar su seno y alimentar al que no pueden contener los cielos y la tierra. En el primer caso los términos de este misterioso desposorio son el Verbo de Dios y su humanidad; en el segundo son Jesucristo y su Iglesia; en el tercero nuestro divino Salvador y el alma humana; en el cuarto el Verbo humanado y la Santísima Virgen María.

Pues bien; bajo cualquiera de estos sentidos, el Esposo eterno, complacido de la belleza de su esposa, exclama: «¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!» *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es.* ¡Ah, cuántos misterios, amadas mías, encerrados en tan breves palabras que, miradas por la corteza de la letra, parecen una frase comun de nuestro lenguaje!

Hoy vengo á concluir esta santa novena, á poner la última piedra de este edificio místico que nuestra piedad y nuestra gratitud han levantado en honor y gloria de nuestra tiernísima Madre María. Por tanto, tomaré estas palabras en el mismo sentido que la santa Iglesia las aplica á la misma divina Reina; y aunque Ministro indigno del eterno Esposo, repetiré

hoy en su nombre: «¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!» *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es.* Y examinando con mucha brevedad las causas de esta hermosura admirable y sobre toda criatura que resplandece en la Santísima Virgen María, comprenderemos por qué el eterno Esposo se complace tanto de ella, y por qué debemos nosotros amarla también sobre toda criatura.—AVE MARÍA.

*Quam pulchra es, amica
mea, quam pulchra es.
Cant., cap. 4.º, v. 1.º*

Yo supongo, amadas mías, que no esperais de mí hoy la descripción y el elogio de una hermosura material, cual suelen hacer los que nos describen al héroe de un drama, no. Es verdad que la Santísima Virgen reunió todas las perfecciones, tanto de alma como de cuerpo; pero lejos de este sitio santo toda idea que no sirva para levantar nuestro espíritu del lodo de la carne. Dios vé todas las cosas en su verdadero punto de vista, y todas las aprecia en su verdadero valor, y á sus ojos la belleza corporal es como el polvo que se lleva el viento, como la flor que marchita el soplo de la tarde. Es frágil y engañosa la hermosura del cuerpo, dice el libro de la Sabiduría; la mujer que teme á Dios, esta debe ser alabada: *falax gratia et vana pulchritudo, etc.* No hay más hermosura capaz de agradar á Dios que la

inocencia, entendedlo bien, amadas mias; no hay más belleza que la inocencia y la virtud. Busquemos, pues, aquí la de la Santísima Virgen, y en las gracias y prerogativas que le ha concedido el divino Esposo conozcamos cuánto en ella se complace. Si excedió en gracia á todas las criaturas, es más hermosa que todas las criaturas; y si el Señor le concedió más dones que á todos sus escogidos, es más hermosa á sus ojos, y le ama sobre todos ellos.

El P. San Bernardo pregunta cómo conoceremos cuánto excede en belleza la Santísima Virgen María á las demás criaturas, y contesta, que conociendo cuanto les excede en su fé y en su humildad. Pregunta despues que cómo sabremos cuánto Dios la ama sobre todas las criaturas, y contesta, que examinando las prerogativas que sobre todas ellas la concede, prerogativas que están representadas en aquella corona de doce estrellas que ceñia la cabeza de la mujer del Apocalipsis. Vamos á detenernos aquí un momento, sin separarnos del citado santo Padre.

La fé de la Santísima Virgen María excede á la de todos los justos. Vedla en presencia del ángel, en su humilde retiro de Nazaret. Allí se le anuncia el gran misterio de un Dios-Hombre, misterio escondido al mundo, y que ha de tener lugar en su virginal seno. Una sola circunstancia la inquieta, porque ama mucho la pureza; pero se le contesta con otro misterio ó, mejor dicho, con el mismo misterio pre-

sentado de un modo aun más incomprendible, y no vacila un momento. Tanta era su fé en la palabra de Dios, consignada en los antiguos vaticinios.

Ved tambien su humildad; no se engrie con su dignidad altísima, se entrega sin exámen en las manos de su Dios, se prosterna ante el ángel, llamándose esclava del Señor, y se gloria de ser la última y más vil criatura de la tierra.

Ved su fé sobre la cima del Calvario, junto á la Cruz ensangrentada del Salvador, semejante á aquella navecilla que nos describe Isaiás, embestida de furiosos huracanes, enmedio de un tempestuoso mar, y luchando con las embravecidas olas. Jesus muere abandonado de todos, enmedio de los más crueles tormentos, con todas las apariencias de un criminal; María no vé más que desolacion y horror, ni oye otra cosa que blasfemias horribles que Dios debia al parecer castigar siquiera por la gloria de su nombre y, sin embargo, en aquellas mismas blasfemias y afrentas, en el sublime del infortunio, María vé la grandeza del Salvador y la felicidad del mundo.

Ved tambien su humildad; no hace mérito de su heróico sacrificio, no se irrita contra los verdugos, y se considera muy premiada con recibir al evangelista, y en él á todos nosotros, en lugar de su amado Hijo Dios. ¡Ah! ¡Qué heróicas son esta fé y esta humildad de la Santísima Virgen! Y ¡cuánto exceden la fé y la humildad de todos los justos de la antigua y nueva ley! Así el eterno Esposo se complace de

ella, y exclama lleno de dulzura: «Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres.»

«Y ¿quereis saber, continúa el mismo P. San Bernardo, cómo manifiesta el eterno Espóso su amor á la Santísima Virgen María? Pues examinad las doce prerogativas figuradas en las doce estrellas que ciñen su cabeza, segun la vision de San Juan en su Apocalipsis. Ella está esmaltada de todas las virtudes.

Ahora ved si podeis formaros una idea de la hermosura de María. Figuraos un alma en gracia, un pecador cuando acaba de recibir el don de su justificacion, y ya esta alma es más hermosa que todas las bellezas de la tierra. Pues figuraos más; el alma de uno de esos héroes de la religion, de un Luis Gonzaga, un Francisco Javier, un San Pablo; subid más, y figuraos la de un ángel, la de un querubin, la de un serafin, y más, mucho más es, amadas mías, la belleza de la Santísima Virgen. No hay en este mundo ni en el otro con quien pueda ser comparada, y así como Dios es la suma belleza esencial, así María es la suma belleza comunicada; es todo lo que Dios pudo dar á una criatura. ¡Ah! ¡qué dulces son estas ideas, y cuánto dilatan nuestro corazon! Y ¡cuánto debemos nosotros amar á esta tierna Madre! Aquí, amadas mías, quisiera poder detener el tiempo que se nos escapa ¡tanto es lo que quisiera deciros!

Debemos, pues, amar á la Santísima Virgen; lo primero por su hermosura, porque excede la de

todos los justos, porque excede la de todos los ángeles y serafines, porque arrebató el corazon de Dios sobre todas las criaturas, hasta el extremo de exclamar el que es la misma belleza: «qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres.»

Lo segundo, porque es nuestra Madre, y una Madre formada para nosotros, y por quien necesariamente ha de venir nuestra felicidad. ¡Cuánto se ama á una madre!... pues nuestras madres no nos han dado más que el sér material; María nos ha dado al autor de nuestro sér espiritual y de nuestra felicidad eterna, y tomó parte en nuestra redencion, dándonos á luz en el Calvario, dice San Bernardo: *Magno dolore parturiens.*

Lo tercero, porque es una Madre que ama de un modo especial á vuestro sexo, por su mayor devocion en las prácticas piadosas, devocion reconocida por la misma santa Iglesia.

Y lo cuarto, porque en vuestro mismo sexo ama especialmente á las que viven en la pureza, que se asocian como vosotras á una congregacion instituida á su nombre, y que se glorían de llamarse sus hijas.

Continuad, pues, dando repetidas pruebas de vuestra piedad y de vuestro filial amor á la Santísima Virgen María, bajo el título de la Inmaculada Concepcion, y no dudeis que, no sólo os protegerá en vida, sino que os preparará el camino de la gloria.—AMEN.